





# SIERVO ALBEDRÍO



C. MURUETA

SIERVO ALBEDRÍO



Primera edición: febrero 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© C. Murueta

ISBN: 978-84-17784-08-9

ISBN digital: 978-84-17784-09-6

Depósito legal: M-3403-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Pamela Murueta, por creer en esta historia pero, sobre  
todo, por  
creer en mí.*



## Parte I

### Capítulo primero

Se ha afirmado en repetidas ocasiones, a lo largo de la historia, que el ser humano teme por naturaleza aquello que no comprende; no obstante, el paso indómito de los acontecimientos puede incitarnos a rectificar y concluir lo opuesto. Pues quizá, en el fondo, es justo cuando un fenómeno resulta aprehendido en su magnitud, cuando logra aterrorizarnos.

Era un día soleado en París, comienzo de la temporada más calurosa del año. En la plaza central estalló el alborozo tras el veredicto de la asamblea, cuya resolución había tomado a los miembros un sinfín de debates y objeciones por parte de la política exterior: legalización del consumo de droga en todas sus modalidades. Tal triunfo y reforma en la ley parlamentaria era adjudicado al entonces líder de partido: Fabrice Parmentier. La oposición pareció sucumbir finalmente ante la evidencia científica, los discursos progresistas y la propaganda multiforme, medios que persuadieron al pueblo francés de manera tajante, o por lo menos quedaba así manifestado en la votación final. De lo alto oscilaban pancartas y banderas, civiles orgullosos paseaban con insignias patrióticas, pirotecnia tricolor, cantando y celebrando frente a las cámaras de la prensa internacional. Era entonces la primera nación en el orbe que promulgaba una cuestión semejante, generando controversia en cada noticiero y portal electrónico existente.

Francia había sido también el primer país en dictar la eugenesia como normativa para las futuras generaciones, aprobado el uso de robots e inteligencia artificial en el ámbito obrero y de servicio doméstico, implementado los transgénicos de manera obligatoria en la industria alimenticia y anexo los fármacos como parte inamovible de la canasta básica. Tenían los índices de mortalidad,

crimen y pobreza más bajos a nivel mundial, así como un prestigiado sistema académico, de salud y seguridad pública. Sus avances tecnológicos continuaban sorprendiendo a la humanidad entera, fuese el desarrollo de nueva maquinaria, fábricas ecológicas o asuntos relacionados con armamento y energía nuclear.

Fabrice Parmentier sabía perfectamente cómo recordar a la audiencia las propuestas y logros que su partido aportó; su alocución final no fue más que una recapitulación de todo aquello, aunada a una felicitación colectiva. Él era un rostro muy popular entre los ciudadanos; capaz de suscitar una efusión que llevaba siglos sin infundir el espíritu de las masas. Era probablemente el arquetipo del ciudadano francés: alto, elegante, circunspecto. Tenía ojos grandes y oscuros como una parcela de azabache, una madrugada sin estrellas; tenues arrugas junto los párpados, cabello bronceado, labios desvaídos y delicados. Planeaba postularse como candidato en las próximas elecciones presidenciales, comprometido en extremo con la agenda que hasta ahora había ejercido. La multitud continuó aplaudiendo a medida que descendía del estrado, las filas más próximas clamaban su nombre y el destello de las fotografías enceguecía su panorama. Los agentes que controlaban la seguridad en el evento se aglomeraron para contener al gentío y escoltar a Fabrice a la parte trasera del escenario. Portaban el uniforme militar predilecto: una cinta con la bandera francesa sobre el pecho y una armadura reluciente, provista de artilugios electrónicos.

Su guardia personal lo acompañó por el pasillo hasta las oficinas privadas del Congreso, donde su equipo de trabajo le esperaba con una segunda ovación. Se encontraban ahora en una sala de reuniones mucho más reducida, una pantalla plana en la pared y una mesa redonda de cristal, resplandeciendo bajo los candelabros. Muchos de los miembros se aproximaron para abrazarlo o estrechar su palma, un par de asistentes le ofrecieron congratulaciones y hasta descorcharon champaña. No obstante, Fabrice no se detendría mucho tiempo a conversar con ellos, debía atender todavía un asunto importante en otro punto de la urbe. Se encaminaría hasta la salida más cercana del edificio, abordando un elevador de puertas doradas. Se acomodó la corbata y las mangas del traje, mirándose fijamente al espejo. Acicaló su cabello y sonrió para sí mismo, el elixir de la victoria rejuveneciéndole las venas. Sería recibido en la planta baja por otro grupo de militares armados. Tenían ya preparada una limusina en el estacionamiento.

Una vez a bordo del vehículo, se reclinó en los asientos de piel y atendió llamadas en su teléfono móvil, sostenía una copa de champagne en la otra mano. Su trayecto era resguardado por varias camionetas pertenecientes al gobierno federal, le seguían y abrían paso lejos de las avenidas principales. Uno de sus so-

cios más allegados acaba de contactarlo para elogiar su hazaña con la asamblea, tenía la voz ronca y un acento árabe muy marcado:

—Tus cargamentos iniciales están listos ¿cuándo quieres que sean enviados? —lo cuestionaba. Fabrice contemplaba despreocupado la autopista y la arboleda color olivo— Hoy mismo. La ley entrará en vigor el mes próximo y necesito suficiente materia prima en las fábricas. Me preocupa el abastecimiento, nuestros concesionarios están impacientes —explicó.

Rayhan Hamad, una de las autoridades más afamadas en Medio Oriente, parecía reír del otro lado de la línea:

—No tienes por qué estresarte, me aseguraré que arriben lo antes posible. Verás que todo este quehacer valdrá la pena al final de temporada, mis cultivos son de la mejor calidad y serán un éxito en el mercado —lo animaría.

Fabrice asintió y terminó de beber:

—Depositareé entonces la cantidad acordada y podremos firmar un contrato formal. Por el momento eres mi único distribuidor, aunque muchos jefes de Estado están interesados —contempló.

Rayhan meditó por varios segundos:

—Olvida los tratados comerciales, casi ningún otro país está preparado para participar en ese tipo de negociaciones. Pero si te es urgente, puedo recomendarte algunos nombres útiles, grandes capos con los que trabajé —le sugirió.

Fabrice removió su saco un momento, volvió a colocar la botella sobre una cubitera desplegable:

—Envía la información a mi asistente, recuerda informarle previamente del asunto—concluyó.

Su ruta desembocó en la entraña de una zona boscosa, justo a las afueras de la ciudad. El recinto se encontraba rodeado por alto vallado de alambre, cámaras de vigilancia y patrullas automáticas que recorrían la extensión. Fabrice debió descender del vehículo una vez en el interior del terreno, pues denso follaje impedía su paso. Los vigilantes frente a la verja principal se apresuraron a recibirlo. Había una torre solitaria junto a la vereda más próxima, un edificio alto e imponente, provisto de una cúpula de cristal. Los portales eran tan gruesos que resultaría imposible perforarlos y en el interior era perceptible la tenue caricia del clima artificial.

Igneus yacía recostada sobre una colchoneta macilenta, los almohadones desparramados a su alrededor. La pieza donde se encontraba carecía de ventanas, era sumamente reducida y no había más en sus paredes que estantería de madera con frascos sellados, un ducto de ventilación y un par de focos defectuosos. Dobló su manga derecha; la piel en su antebrazo estropeada por cicatri-

ces y llagas vetustas. Su peluca estaba desarreglada, pisoteada en el álgido suelo; una jeringa y un torniquete de tela en mano, solución acuosa y amarillenta, un recipiente de vidrio. Perforó la tapa con la aguja, limpió con algodón y alcohol un espacio sobre su muñeca. Preparó la dosis, la agitó delicadamente; fulgente como oro líquido que se arremolinaba. Clavó el diminuto filo en su vena, gotas carmesí liberándose a medida que el fluido penetraba y se incorporaba al torrente sanguíneo. Igneus sonrió entonces, sus extremidades tornándose ligeras de súbito. Alzó la vista, sus pupilas transfigurándose en dos inmensos halos negros. Comenzó a escuchar todo aquello que solía pasar desapercibido: el sonido de las aves, la orquesta del viento, el sacudir de los árboles, los pasos y cuchicheos del personal en las estancias contiguas. Le pareció al mismo tiempo percibir los latidos en su pulso, el respirar de sus pulmones, el estruendo de cada parpadeo. Supo que Fabrice se aproximaba, podía adivinar su silueta en el corredor ¿Está completo mi encargo? Lo escuchó pensar desde antes que atravesara siquiera la puerta. Ella tenía ya la frente impregnada con una ligera capa de sudor, los labios entreabiertos. Fabrice atravesó el umbral finalmente y contempló a Igneus con cierto recelo. Era una criatura escuálida, demacrada y lívida, la cabeza rapada, semblante lúgubre y hombros esqueléticos. Lucía quieta, ausente, sumida en un ensimismamiento plácido. Él ocuparía de inmediato una silla de metal en la esquina de la habitación.

—¿Puedes mostrármelo ahora? —solicitó en voz baja.

Igneus se puso de pie, sujetando un portafolio contra su pecho. Respondió contenta con una afirmación en ruso, tono bronco y áspero.

Igneus Tsurenko había perdido el cariño por el mundo desde hacía muchos años, desidiosa de su apariencia tanto como de sus relaciones personales. Sospechaba hondamente que sus anhelos más cálidos habían perecido desde hacía varios inviernos, sepultados en la tundra álgida y desdichada donde creció. Un arrabal ucraniano fue su patria marchita, un hospicio a cargo del Estado su morada, un catre de alambre y hormigón su lecho de muerte en vida; meras reminiscencias, ayerres acumulados. Se llamaba Irina Stakhovsky en ese entonces, la niña de los ojos abúlicos. Siempre le apasionaron los químicos y los vastos horizontes, aquellos que parecían tejidos de eternidad. En la escuela pública no participaba, soportaba también en silencio las injurias de sus compañeras en el orfanato. Lo único que le importaba era hurtar volúmenes de biblioteca, mezclar productos tóxicos en el baño, provocar reacciones más allá de su imaginación; venenos, detergentes, ácidos, soluciones en polvo. Era así como generaba su propio jabón y desinfectaba las máculas en su espíritu.

Su desempeño académico fue excepcional, los docentes se atrevían incluso a llamarla un prodigio de la ciencia. Sin embargo, abandonó el aula para explorar otros misterios, convencida de que sus pies no enraizaban más en la tierra. Vestía usualmente pantalones deshilachados, botas militares, guantes agujerados y un paño para sujetar su cabello. Deambulaba de un lado a otro, el barrio a su alrededor desquebrajándose con la inclemencia de la escasez. Vivía sumida en ontología sintética, un universo de sustancias psicoactivas, la flama de una pipa, el humo pestilente; crepúsculos amarillentos, dragones níveos en armaduras de plata, nieve sucia y gargantas amargas. Se instaló en sótanos y laboratorios clandestinos, edificios abandonados donde aprendió a cocinar metanfetamina. Empero, ni siquiera tan ardua labor diaria y mareos podían distraerla de su afán epistemológico. Teniendo apenas catorce años financió la renta de un apartamento, adquirió una computadora con acceso a internet y se dispuso a traspasar aquellos límites que su medio le tenía vetado.

—Aquí están tus productos, anéxelos sus fórmulas químicas, un listado con los datos, medidas e instrucciones de preparación —explicaba Igneus, el portafolio abierto sobre la colchoneta.

Fabrice atisbó las bolsas transparentes en el interior, cada una debidamente numerada.

—Éste es el cannabis mejorado; trabajé en su sabor, en el aumento y duración de los efectos. No pude reducir mucho los agentes cancerígenos pero sí los problemas derivados del uso prolongado. Aquí están las nuevas semillas —presumió ella y mostró primero la hierba porosa.

Enseguida prendó con sus palmas dos envolturas distintas.

—Heroína y cocaína renovada; completamente seguras, sin efectos secundarios nocivos o síntomas de dependencia física. Tienen un aroma mucho más agradable y colores atractivos —añadió.

Fabrice abrió uno de los empaques y espolvoreó un montículo fino sobre su lengua. Asintió, complacido.

—Dejemos que los mercadólogos y publicistas se encarguen de explotar su potencial ¿qué más tienes? —indagaba.

Igneus le presentó finalmente los frascos con pastillas.

—El éxtasis y la metanfetamina, perfeccioné la composición y no representan ningún riesgo para la salud. Incluso pueden ser benéficos, mientras no excedan la dosis recomendada —murmuró, orgullosa de sí.

Había dedicado incontables madrugadas y amaneceres en el desarrollo de las sustancias, se requirieron extenuantes sesiones en compañía de su equipo y un gasto descomunal por parte del Estado, entre otras instituciones poco trans-

parentes. Fabrice tomó el portafolio consigo y estrechó su mano, sumamente satisfecho.

—Perfecto, no cabe duda que eres la más talentosa en la comunidad científica, escogerte para este proyecto fue la mejor decisión que pude tomar. No olvides que todavía hay varias encomiendas que debes cumplir—musitó y le dedicó una sonrisa.

Ella asintió velozmente.

—Verás que habremos terminado con la agenda para cuando comience tu periodo presidencial —repuso con indiferencia usual.

Fabrice exhalaba con fuerza, jubiloso.

—Por hoy ¿cuántos ceros debo añadir a tu remuneración? —cuestionaba, buscando su teléfono móvil para elaborar un pago en la chequera electrónica.

Igneus se lo impidió casi al instante, apartándolo despacio.

—No hay necesidad, sólo guarda ese ingreso para financiar nuestros próximos planes y tu campaña electoral —aseguró, insinuando un gesto ruín.

Se habían conocido veinte años atrás, en un congreso internacional celebrado en París, cuando ambos recién se graduaban de sus respectivos grados académicos. Ella había sido becada por el gobierno de su país, tras concluir con honores la maestría en Química y Fármaco-biología, en una universidad de prestigio en Kiev. Él, en cambio, se incorporaba al entorno laboral tras finalizar un doctorado en Ciencias Políticas. Se topó con Igneus en el pasillo más próximo al auditorio, una conferencia sobre salud a punto de iniciar. Tenía ya planes de abordarla, consciente de quién era desde que reconoció su nombre en la lista de invitados:

—¿Irina Stakhovsky? Es un placer conocerla. Soy Fabrice Parmentier, miembro del Partido Liberal francés. Quería felicitarla por su reciente trabajo con los antibióticos, soy admirador de su trayectoria —esclarecía.

Ella lucía mucho más lozana en aquel entonces, tenía la melena oscura y frondosa, otra piel y otro rostro, pero la misma mirada desdeñosa y esquiva.

—Gracias, lo abarcaré en mi ponencia —replicaría, desatrayéndose un momento de su dispositivo electrónico.

Fabrice sujetó su hombro discretamente.

—Eres brillante. Leí tu tesis —murmuró.

Igneus se inmutó enseguida, asombrada en extremo.

—¿Cómo es posible? Creí que había sido censurada —musitó.

Fabrice se volvió de reojo a las personas que transitaban a su alrededor, cerciorándose que nadie pudiera escuchar.

—Lo sé, es justo por eso que cautivó nuestra atención. Resultó un tanto complicado conseguirla, en realidad —aclaraba.

Igneus soltó una leve risotada.

—¿No es un delito espiar los secretos de otros países? —bromeó.

Fabrice asintió, esbozando una sonrisa.

—Es una necesidad. Quería conversar contigo al respecto, en privado y con más calma. Pero dime ¿en verdad es posible crear un humano como el que describes en tu investigación? —cuestionó en voz baja.

Ella se echó a reír.

—Por supuesto, tengo ya el método diseñado, las fórmulas y sustancias requeridas. Lo único que hacía falta era el financiamiento, en lugar de ello, mi proyecto fue rechazado, me prohibieron divulgar o continuar con su desarrollo. Deben estar vigilándome ahora mismo —expresó con desaire.

Fabrice parecía fascinado con sus palabras.

—No pueden hacerlo aquí, tenemos todo bajo control. Y comprendo su reacción, han intentado silenciarte por miedo a lo que pueda suceder. Pero tu obra es un aporte invaluable, debe preservarse y llevarse a cabo. Podríamos reunirnos para discutirlo con mis superiores, ofrecerte una propuesta confidencial —plantearía finalmente.

Ella sonrió y apartó la vista, afirmando con la cabeza.

Fabrice abandonó la torre pocos minutos después, revisando su celular y divagando en su pensamiento. Estaba ansioso por volver a su mansión y encender el televisor, averiguar qué difundían y comentaban los medios internacionales sobre su resolución en la asamblea, cómo lo adulaban; ésa era siempre su parte favorita. Una vez en la limusina volvió a abrir el portafolio de bordes fulgentes, un canuto de oro entre sus dedos; su gesto codicioso, el mirar hambriento. Desempacó el plástico diáfano: cocaína inmaculada, tan alba y lisa como una fina capa de nieve. Su aroma era similar a un vergel frutal, una llovizna de estío. La inhaló despacio, reclinándose enseguida para saborearla. La ambrosía fue inmediata. Su rostro no se entumeció, su garganta fue salpicada por una tenue caricia: durazno y fresa. Una ráfaga de energía lo recorrió de pies a cabeza, estremeciéndole hasta los recovecos del ánimo. Se regeneró, ensalzó, sintiéndose fuerte y despierto, inmarcesible, inmortal incluso. No quedaba una pizca de cansancio en sus músculos, un rastro de incertidumbre en sus horizontes. Estaba vigoroso por dentro y fuera, rebosante como un auge; revestido de supremacía:

—Es perfecta —exclamó ruidosamente, regocijándose e introduciendo otro montículo en su nariz.

Fabrice se reuniría con los socios un par de días después, en la cima de un rascacielos gubernamental. Los ventanales eran amplios y nítidos, detrás, la ciu-

dad descansaba inmutable hasta perderse en los confines del valle. París: pulcra, esplendorosa y opulenta como nunca se vio antes. Los últimos cinco periodos presidenciales habían sido ejercidos por dirigentes del Partido Liberal, mismo que debido a su popularidad lideraba también las encuestas y el parlamento. Habían modificado la política anterior, innovando y legislando con un enfoque mucho más científicista. Aunque fueron también señalados y criticados en numerosas ocasiones por su inversión excesiva en armamento bélico y arsenales militares. Tales protestas habían sido revocadas recientemente, cuando el ejército francés resultó victorioso en la desintegración de un órgano terrorista en Medio Oriente. Eran ahora aplaudidos por el pueblo y la prensa internacional. Fabrice hablaba por teléfono al respecto con Rayhan Hamad cuando se presentó en la estancia el resto de sus colaboradores, descendiendo apenas del helipuerto en la plataforma superior.

El primero en tenderle la mano fue un hombre pálido y de melena pajiza, un tanto más joven que él. Lucía un traje gris hecho a la medida y un par de cadenas doradas sobre el pecho.

—Un honor conocerlo, señor Parmentier. Soy Sebastian Haase. Rayhan me contactó y puso a su asistente en línea, vine para discutir personalmente la propuesta —expresó.

Fabrice le indicó un puesto en la mesa.

—Lo sé, gracias por volar hasta aquí ¿Cómo está Suiza el día de hoy? —se le ocurrió preguntar.

Sebastian sólo rio y se acomodó en la silla de cuero.

—¿Mi finca? Espléndida, como siempre —repuso.

Otro de los invitados era un empresario japonés con quien Fabrice colaboraba desde hacía tiempo: Tatsuma Sakai, dueño y dirigente de una industria transnacional de tabaco y licores. Estaba casado con una mujer muy atractiva, veinte años más joven que él: Natsuki Yoshida, publicista y ex directora ejecutiva de su corporación. Ambos saludaron cortésmente y se sentaron. Vestían ropa elegante y sin arrugas, prendas costosas y sofisticadas en extremo. Ella portaba joyería exuberante, sonreía sin mostrar los dientes y acariciaba el brazo de su esposo. Fabrice dispuso el holograma de lo que aparentaba ser un contrato.

—Supongo que debieron leer ya el documento que les envíe con la propuesta de ley y sus especificaciones. Saben que estrictamente nadie, salvo el gobierno francés y sus empresas facultadas, tendrá permitido producir, distribuir o vender las drogas que estamos generando. Están patentadas, son un producto oficial y avalado por la comunidad científica. Estarán vendiéndose el

mes próximo, necesito que las procesen en masa y las distribuyan por todo el territorio —explicó.

Sebastian se acomodó un mechón de cabello y aclaró su garganta.

—¿Cuánta materia prima quieres que envíe? —indagó.

Fabrice le mostró una lista en la pantalla de su dispositivo electrónico.

—Aquí están las cantidades y los tipos de cultivo, haz un presupuesto. Por cualquier cuestión legal no te preocupes, contarás con mi apoyo incondicional —aseguró.

Sebastian se encogió de hombros.

—No hay cuidado, he estado en el negocio desde hace mucho, sé cómo callar a las autoridades. Cualquier cosa que necesites puedes solicitarla, estamos a tu disposición —exclamó antes de comenzar con los cálculos.

Fabrice afirmó y se volvió despacio a la pareja, quienes aún revisaban el formulario.

—Natsuki, esperaba que pudieras diseñar con mi equipo una campaña publicitaria apropiada para cada producto. Quiero anuncios en televisión, videos en internet, eventos con celebridades, cualquier cosa que se te ocurra —añadió.

Ella asintió velozmente, una pluma entre sus dedos.

—Esta misma noche inicio con los preparativos, por favor envíame información detallada de las drogas que planeas comercializar, un estudio sociológico y estadístico del pueblo francés. Necesito saber qué le apasiona a los jóvenes en tu cultura, explorar nuevas tendencias, ideologías populares, cuáles son sus intereses, miedos, problemas y deseos más comunes —solicitó, los brazaletes en su muñeca tintineando sin cesar.

Para cuando Sebastian cerró el trato y se encaminó de vuelta a su avión, fue interceptado a mitad de la escalinata por su asistente, una serbia esbelta y rubia. Se aproximó con un dispositivo electrónico: expedientes bancarios. Él ascendía por los escalones lustrosos, acomodándose las mangas y asintiendo.

—El secretario fiscal está en línea ¿tomarás su llamada? —preguntó ella y Sebastian solo negó despacio—. ¿No le dijiste que estaba en una reunión? No atenderé sus demandas por teléfono. Programa una cita en mi agenda —replió.

Ella se mordió el labio y tecleó presurosa en la pantalla. Abrieron enseguida las compuertas del jet, en la plataforma de aterrizaje en la azotea del edificio. Sebastian encendió un cigarro de hierba, marihuana genéticamente modificada, obsequiada por Fabrice. Antes de comenzar a saborear las bocanadas, atravesó la terraza inmensa y sujetó la mano de su acompañante.

—¿Tienes planes para mañana en la noche, Alina? —cuestionó sin mirarla.

Ella se acomodó el peinado y tomó aliento.

—Visitaré a mi hermano, pero podemos salir el fin de semana —optó.

Su amante le plató un cálido beso y la rodeó por la cintura sin detenerse.

—Cenemos en Moscú y discutamos sobre los pedidos del señor Parmentier. Es nuestra transacción más importante del año —explicaba.

Alina sonrió y le acarició el rostro un momento.

—Felicitaciones, estoy orgullosa de ti —expresó con genuina alegría antes de besarlo nuevamente, esta vez con mayor ímpetu, mientras su escolta se aproximaba.

—Y yo de ti, somos un excelente equipo. Tenemos una oportunidad magnífica por delante y te necesito más que nunca —articulaba, mas fueron interrumpidos por un timbre en el apartamento digital.

Alina se volvió de inmediato.

—Tu esposa está en línea ¿tomarás su llamada? —preguntó en voz baja.

Sebastian suspiró y afirmó, el porro ardiente entre sus dedos.

Esa misma tarde Fabrice se preparó para asistir con su equipo a un evento en una comunidad rural, la inauguración de un programa social para familias campesinas. Arribaron a un poblado de verdes pastizales y amplias campiñas, brisa apacible y praderas frondosas. La prensa esperaba impaciente en sus vehículos, obstruyendo las vías principales. El recinto se encontraba cercado por agentes militares, sus armaduras robotizadas resplandeciendo bajo el sol. Fabrice disfrutaba mucho de la atención y las cámaras que le perseguían; saludaba a los residentes que le admiraban desde los balcones y las barandillas de seguridad. Niños, jóvenes, adultos y ancianos parecían recibirlo con la misma dicha, intrigados y curiosos por verle pasar; banderas francesas e insignias del partido ondeando entre sus palmas. Él estaba drogado, llevaba varios días inhalando la cocaína de Igneus, mas nadie en la multitud se percataba.

Fue escoltado hasta la propiedad predilecta, un vivero famoso por exportar flores y plantas ornamentales. Poseían invernaderos para plantíos exóticos, vastas hileras de vegetación a la intemperie y regaderas automáticas que las abastecían. La ceremonia se llevaría a cabo en un pabellón rebosante de jacarandas, varias docenas de sillas alineadas bajo un toldo sobre la hierba. Fabrice se preparó para el discurso inicial, próximo a subir al estrado. Era orientado por sus compañeros y asesores de imagen, su panorama abarrotado por reporteros, maquillistas y guardaespaldas. Era para él un deleite incalculable: el respeto de la multitud, los cumplidos, la reverencia, los aplausos. Estaba apenas ascendiendo a su puesto en el micrófono, lucía despreocupado y seguro de sí. No obstante, su mirada se estancaría en una presencia oculta al costado de la

muchedumbre, una joven dócil y empírea como hojarasca de magnolia. Era delgada, de complexión delicada y menuda, con dos grandes ojos rebosantes de luciérnagas. Lucía discreta, un tanto absorta; palmas impregnadas de polvo, faz y hombros enrojecidos por la inclemencia del sol. Tenía la cabellera castaña envuelta, una cruz de plata sobre el pecho pecoso. Alzaba las cejas, curiosa, sostenía un canasto de pétalos entre sus brazos, sonriendo. Sopló un aura tibia detrás de ella y Fabrice quedó embelesado, incapaz de apartar la vista. Casi podía olerla: tierra mojada, vainilla, durazno, perfume de lirio. Ella se cohibió, pestañeó despacio y bajó la mirada; sus labios entreabiertos por la impresión. No se quedó a escuchar el discurso, al parecer tenía labores pendientes en la parte trasera del vergel. Fabrice no logró disipar la fascinación que nublaba ahora su juicio, un gesto avieso dibujándose en su rostro.

Una vez concluido el protocolo, las entrevistas y los comentarios del público, se preparó un festejo en los jardines. La música, los alimentos y bebidas fueron patrocinados por el partido, al cual estaban afiliados los dueños del vivero y gran parte de la comunidad. Aun en medio del bullicio y las fotografías, Fabrice no logró abstenerse de preguntar por la muchacha que cautivó su sentido.

—Creo que su nombre es Debbie Guichard, su padre trabaja aquí desde hace muchos años y ella sólo se presenta los fines de semana —le contestó uno de los propietarios sin mostrar mayor interés.

Fabrice meneaba una copa de vino y asentía.

—¿Y cómo es ella? Parece encantadora —se le ocurrió comentar.

Su acompañante meditó un par de segundos.

—No la conozco, si te soy sincero. Va a la escuela pública, tiene dieciséis años, toca el piano y le gusta cantar. Es una empleada responsable, de eso no cabe duda. Su familia es honesta y humilde —se limitó a replicar.

Fabrice guardó silencio y cambió el rumbo de la conversación, frenando el impulso de formular cuestionamientos adicionales.

Llevaba ya muchos años sin compartir la cama con una mujer, creía del romance una pérdida de tiempo y de las relaciones amorosas una distracción para sus objetivos profesionales. Pocas veces manifestó interés genuino por alguna persona, aunque sí fue fiel por casi una década a un idilio juvenil, en aquellos años distantes en que su padre aún vivía. Fue él uno de los empresarios más importantes de Francia, viudo, dirigente de una compañía que desarrolló imitación de carne, entre otros químicos para alimentos. Fabrice fue su primer y único hijo, criado en una mansión con vista a las montañas y lago artificial; el estudiante de honor, heredero de un patrimonio multimillonario. Se involucró sexual y sentimentalmente con una empleada doméstica, mucama extranjera

que transitaba callada por los pasillos, aspirando alfombras, limpiando cristales y tendiendo camas, temerosa ante la posibilidad de ser despedida y reemplazada por algún robot en el mercado. Dormía con otras trabajadoras en un aposento anexo, cerca de las bodegas. Enviaba dinero a sus parientes en China, víctimas de una penuria espeluznante.

No obstante, Fabrice jamás se preocupó por mejorar sus condiciones de vida, su apoyo económico fue mínimo a pesar de contar con recursos excesivos. En el fondo temía que ella pudiese abandonarlo y volver a su hogar. Creía estar enamorado, aunque le avergonzara admitirlo y ocultara la relación delante de sus amistades. De cierto modo la percibió siempre como un inferior, alguien a quien podía dar órdenes, agredir incluso. Confiscó su pasaporte, le prohibió hablar con otros hombres, portar cierto tipo de vestimenta, asistir a reuniones sociales o actividades recreativas sin avisar. Se burlaba de ella, la criticaba duramente, la chantajeaba y presionaba para tener contacto sexual. Y aunque la joven por mucho tiempo creyó que Fabrice era un hombre admirable, inteligente y carismático, al final su espíritu fue devastado por sus veleidades, su ilusión desquebrajada por una represión tan notoria como subyacente. Intentó escapar tras ser brutalmente golpeada en un arrebato de celos; tuviera así que aventurarse en un trayecto azaroso, renunciar al sustento que recién adquiriría. Sin embargo, justo cuando creyó que sería libre, corriendo presurosa hacia la verja trasera de la finca, pies empapados y maleta trémula, fue sorprendida por un estruendo en la arboleda. Sus lágrimas se tornaron espesas, su hálito se evaporó por el temor. Un disparo le perforó el vientre y la dejó tendida entre la maleza, un charco carmesí tiñendo su uniforme. Lo último que fue capaz de percibir, aún con los ojos entreabiertos, fueron las zancadas impávidas, suelas impetuosas que se estrellaban contra la tierra, aproximándose para devorar los vestigios de su existir.

Debbie se encontraba deambulando entre los jardines, podaba los arbustos con una ancha tijera de metal y recogía helechos marchitos en un canasto. Su ritmo era impasible, sus movimientos elegantes. Lucía concentrada y relajada a la vez, tarareaba una melodía, el canto de las aves acompañándola en un coro melifluido. Fabrice espionó desde la distancia, maravillado con lo terso de su piel, la finura en su talle. Se atrevería a abordarle, avanzando entre la hierba recién cortada. Olía tan exquisito como imaginó.

—¿No fue invitada acaso al evento? —preguntó, aproximándose.

Debbie se estremeció por la sorpresa, volviéndose enseguida.

—Le ruego me perdone, señor Parmentier. No lo escuché llegar —replicó atónita.

Fabrice sonrió ampliamente.  
—Soy yo quien debe disculparse, no quise asustarla. Tan sólo vine para escoger algunas flores —excusó.  
Ella asintió velozmente.  
—Por supuesto ¿busca algo en especial? —se apresuró en atenderle.  
Fabrice la atisbaba de pies a cabeza todavía.  
—Quiero un ramo grande ¿qué recomendaría? —cuestionó.  
Debbie sonrió, parecía mucho más tranquila. Lo condujo entonces hasta las jardineras y maceteros más próximos.  
—Estos son mis favoritos, aunque le aconsejaría mezclarlos con camelias y narcisos para un obsequio alegre e inolvidable —comentó con ternura y acarició un par de girasoles.  
Fabrice alcanzó uno de los pétalos y sus miradas se encontraron por un instante.  
—Si me permite un cumplido, usted tiene los ojos más preciosos que he visto, en verdad espero que sean espejo de su alma —expresó.  
Debbie se ruborizó inmediatamente, su respiración tornándose inquieta.  
—Gracias, señor, qué amable. Mis padres y yo lo apreciamos mucho, fuimos una de las familias seleccionadas para recibir el préstamo monetario en su programa social —repuso.  
Fabrice afirmó con la cabeza.  
—Espero que sea de ayuda para ustedes, para mí es indispensable el bienestar de los ciudadanos —exclamaría.  
Ella se enterneció.  
—Quizá podamos al fin impulsar nuestro huerto orgánico —asumía.  
Fabrice se apartó despacio.  
—¿Le gustaría dedicarse siempre al campo? —indagó.  
Debbie se mordió el labio y meditó por varios segundos.  
—Disfruto mucho de la naturaleza, es una labor noble. Pero, en el fondo, mi sueño es estudiar canto y música, convertirme tal vez en concertista de ópera y escribir obras que inspiren a otros artistas —confesó con evidente entusiasmo.  
Fabrice alzó la ceja con sutileza.  
—¿Podría cantar para mí? Sería un placer y un honor escucharla —solicitó.  
Un tanto nerviosa, Debbie guio a Fabrice hasta la parte trasera del depósito, justo donde descansaba un piano viejo y roído por la humedad. Limpió una silla de plástico y le pidió que tomara asiento, aclarándose la garganta con miel y limón. Se acomodó frente al teclado, sus dedos temblorosos en anticipación. Fabrice la contemplaba con un arrobamiento indescriptible, sin precedente

quizá. Ella no recordaba ser observada de ese modo, como si fuese un milagro andante. Nunca antes había experimentado el beso de una mirada, presa de un afán tan extraño. Interpretó una balada para él, esmerándose por no errar, alcanzar hasta las notas más elevadas. Sonaba como una criatura etérea, dulce, noble, feliz sobre todo. Para él, proyectaba una ninfa de bosques vetustos, sus yemas rozando las teclas con suma pericia, su voz alargándose como una reverberación. Fabrice se puso de pie y aplaudió, tan pronto concluyó con la pieza. Ella se echó a reír y mostró una reverencia, halagada en extremo.

—Fue una demostración espléndida, en verdad eres talentosa. Debes cursar en algún colegio de arte en París —aseguró.

Debbie exhaló con fuerza, animada todavía.

—Me encantaría, señor, aunque no creo que pueda —respondió.

Él se apresuró a felicitarla con un cálido abrazo.

—No alegues más, por favor. Conseguiré una beca para ti —comunicó enseguida, lo cual la dejó boquiabierta.

—¿Cómo ha dicho? ¿Haría eso por mí? —titubeó.

Fabrice sonrió y le estrechó el hombro con detenimiento.

—Por supuesto, he apoyado a muchos estudiantes con los fondos del partido. Francia necesita jóvenes como tú —alentó y la muchacha se alborozó, lágrimas de gratitud rodando por sus mejillas.

Cuando Sebastian Haase arribó hasta su propiedad campestre, los cocineros estaban atareados con la cena; olía a vino y caviar. Doraban el pollo sobre la leña, cortaban queso fresco y líneas de cocaína. Los riscos nevados descansaban detrás de los ventanales y los pilares rústicos de madera. Él trepó las escaleras de la estancia; arcos en el techo, la cabeza de un venado disecada sobre la pared y una chimenea apacible. Encontró a su esposa en la recámara, maquillándose frente al tocador, los ojos verdes fijos en su reflejo. Era alta y de caderas muy rollizas, tenía piel oscura, nariz alargada, cutis inmaculado. Portaba una bata de seda. Él pronunció su nombre: Sejmet Bishara. Nombre que varios años atrás suscitó pavor en el territorio árabe y el norte de África.

Nacida en Egipto, Sejmet había sido secuestrada y reclutada desde su infancia como soldado para un grupo hostil. Se le entrenó para combatir, disparar, torturar sin escrúpulo, saquear y masacrar tribus enteras. No obstante, escapó un día y persiguió sus propios objetivos; preparada para convertirse en mercenaria implacable. En ocasiones mataba para órganos terroristas, a veces para grandes mafias o hasta jefes de Estado. Rayhan Hamad incluso la había contratado un par de veces para protagonizar atentados o asesinatos por encargo. Se retiraba del medio recientemente, para iniciar una vida nueva con Sebastian,

quien le pidió matrimonio tras un encuentro sexual en Turquía. Él se aproximó aquella tarde, le rodeó el cuello con cariño, inclinándose para besar su hombro.

—¿Cómo estuvo tu negociación con Fabrice? —preguntó ella y se volvió para rozar sus labios.

Sebastian se sentó a la orilla de la cama.

—Excelente, diría yo que es lo mejor que nos ha pasado hasta ahora. Te mostraré el presupuesto, seremos dueños del mundo —presumió.

Sejmet sonrió y le acarició el cabello.

—Lo somos ¿no te parece? —cuestionó, recostándolo sobre el colchón y acomodándose sobre su cuerpo.

Sebastian se echó a reír.

—Quizá hasta que aceptes tener un hijo conmigo —musitó y ella apartó la vista.

—No puedo, no sería capaz de criarlo con un padre cristiano —advirtió.

Él suspiró, asintiendo.

—Son excusas. Podría convertirme al Islam, supongo que eso me faculta para tener otra esposa —bromeó y Sejmet le soltó una bofetada, luego alzó las cejas con gesto pícaro.

—Si vas a ser musulmán, lo serás en verdad. Respetarás los horarios de rezo, visitarás la mezquita, te dejarás la barba, cubrirás tu cabeza y estudiarás el Corán. Sólo entonces podrás escoger a tu segunda esposa —expresó entre risas.

Sebastian se mordió el labio.

—Espero sea alguien como tú —pronunció y se rindió a besarla, ansioso por recorrerla su desnudez.

Un par de días después, en una bulliciosa urbe japonesa, Tatsuma y Natsuki se reunían con un equipo de publicistas y dirigentes corporativos para exponer el nuevo plan de mercado. La sala estaba oscura y sólo proyectaba un monitor holográfico en la cabecera de la mesa. En el primer video aparecían jóvenes atractivos en una fiesta de lujosos aposentos, bailaban, reían, bebían e inhalaban cocaína de colores. *Estela* se dibujaba con letras luminosas en la pantalla ¡No daña la salud, aumenta el rendimiento físico y cognitivo, no produce resacas o efectos secundarios, aprobado por la comunidad científica y el instituto francés de investigación! ¡Prueba *Estela* y descubre cuán grata es la vida! Enseguida otro comercial: *Ataraxia*. Una mujer abandona la oficina y lucha contra el tráfico de la avenida principal, luce agobiada y cansada, presa de los desafíos cotidianos. Tan pronto atraviesa el umbral de su apartamento prepara una pipa de cristal y comienza a fumar. Al instante, el mundo a su alrededor comienza a desvanecerse y es sustituido por un amplio firmamento, nubes níveas y aterciopela-

das, brisa que acaricia y sacude su cabellera. Sonríe, suspirando por el sosiego, meciéndose en lo alto como una cría en un columpio. *Ataraxia*, adiós al estrés. Así continuó una secuencia de cortometrajes; celebridades, colores, canciones de moda, emblemas, estadísticas, slogans. Un conjunto llamativo de anuncios y spots televisivos. Al final Natsuki se levantó, encendió las luces con un control remoto y su público aplaudió, en especial su esposo, complacido en extremo.

—Enviaremos esto a Fabrice de inmediato, le encantará. Una felicitación a tus colaboradores —exclamaba.

Natsuki sonrió y se acicaló el flequillo.

—Algunos cantantes aceptaron promocionar el éxtasis en sus próximos videos musicales; les ofrecí un cheque —añadió antes de reocupar su asiento.

Tatsuma se volvió en dirección a los socios.

—Necesito que las distribuidoras y nuestros establecimientos publiquen esta información en Internet ¿podemos llamar a algún noticiero internacional? Que todos se enteren de la fecha de lanzamiento —ordenaba mientras el resto de los presentes asentía y tecleaba en sus dispositivos electrónicos.

Había una máquina humanoide sirviendo café al fondo de la estancia, una pecera inmensa y repleta de peces dorados resplandeciendo en la pared. Natsuki revisó su estado de cuenta desde el teléfono móvil.

—El señor Parmentier acaba de depositar otro anticipo —murmuró con evidente júbilo.

Tatsuma se acercó para contemplar la pantalla.

—Dile que los barcos de la empresa están cargados con su materia prima, sólo falta abastecer más fábricas. El producto estará en tiendas antes del plazo acordado —garantizó.

Natsuki le plantó un discreto beso en la mejilla, acomodándose el abrigo de piel.

—Parece que podremos pagar las vacaciones que quiero en Dubái —musitaba.

Tatsuma le acarició el cuello con detenimiento.

—Por supuesto, pero primero debemos solucionar el desastre ecológico que ocasionó este proyecto. El procedimiento de fabricación libera gases tóxicos, recuerda que hubo una explosión en una de nuestras factorías. Si invertimos en máquinas y filtros podríamos reducir el riesgo para los obreros —intentó comentarle.

Su esposa resopló, indiferente.

—Son países pobres que nadie conoce, sólo soborna a las autoridades y a la prensa para ocultar el accidente; es más sencillo y barato —insistió en voz baja.

Tatsuma parecía confundido, dudaba incluso. Natsuki frunció los labios con detenimiento.

—Por favor no pospongas el viaje; será muy divertido. Puedes invitar a Fabrice, a nuestros amigos y socios. Hemos realizado ya muchas campañas en favor del medio ambiente, esto es sólo un pequeño desliz. Nadie se enterará y mientras no arruine la imagen de la empresa no hay de qué preocuparse —alegó ella y se reclinó sobre su hombro.

Tatsuma reflexionó sus palabras, intentó alegar, empero cedería a los pocos minutos, rendido ante el coqueteo y pretensión de su pareja.

Fabrice no fue capaz de olvidar el perfume de Debbie, estaba prendado todavía, aferrado al recuerdo con un menester tan singular como impetuoso. La obsesión que lo atormentaba parecía acrecentar a medida que se detenía para evocar su cuerpo, su risa, sus ojos como firmamentos profusos. Estaba sediento, impaciente por poseerla. La posicionó como musa de su apetencia carnal, la deificó hasta el punto de considerarla una criatura mística, un ángel de céfiro, de nimbo y enajenante canto. Ordenó a sus empleados averiguar más sobre ella, espiarla y adentrarse en su vida privada. Accedieron a sus cuentas en portales de Internet, hurtaron fotografías, conversaciones y archivos sin que ella pudiese sospecharlo. Investigaron también a sus parientes cercanos, leyeron documentos y expedientes gubernamentales; escudriñaron en cualquier base de datos donde su nombre figurara. Los resultados agradaron a Fabrice, a excepción de uno muy peculiar: Debbie tenía novio, un viejo amigo y compañero de escuela. Recordó por un minuto los celos que sintió al descubrir que su ex pareja asiática estaba involucrada con otro hombre. La cólera estalló en su estómago; tragó saliva y apretó la mandíbula, Igneus sólo acomodaba papeleo frente a él.

—¿Podrías dejar de pensar en esa niña por un rato? Estoy por mostrarte mis avances —refunfuñaba, sus dedos temblorosos y el gesto divagante por la intoxicación.

Fabrice casi estrella el teléfono móvil contra el escritorio; el laboratorio estaba oscuro y vacío, sin más que pulcras superficies de metal y frascos herméticos en la estantería.

—¿Cómo puede Debbie estar enamorada de un mocoso, hijo de un camarero? Debería matar a esa puta —vociferaba y buscaba su pajilla dorada para inhalar cocaína.

Igneus negó con la cabeza, irritada como siempre.

—Estás exagerando. Y deja de drogarte por favor, el producto no es tan inofensivo como presumen tus anuncios —intentó advertirle.

Él ignoró sus comentarios y se dispuso a introducir velozmente el polvo blanco en sus fosas nasales.

—Es adictivo, lo sé, pero a quién le interesa. También lo son muchos otros artículos en el mercado y se venden sin ningún tipo de restricción. Lo único importante es el bienestar de la ciudadanía. A diferencia de las drogas convencionales, estas no dañarán su salud y los motivarán para ser productivos —alegó.

Igneus se encogió de hombros.

—Eso no me incumbe, lo único que quiero es cumplir con mi objetivo. Para eso necesito que ocupes la silla presidencial —repuso y Fabrice tomó aliento, sosegándose.

—No te preocupes, así será. Ahora muéstrame el fruto de mis inversiones —demandó.